

Transgresiones de la sensibilidad

Biela para cigüeñal de motor de combustión



que era lo que por respeto a la tradición se daba por sentado según el código de buenas conductas que regía en nuestra comunidad debían buscar los meritorios, los



recién llegados que aspirasen a labrarse un porvenir para, una vez bien situados y con su credencial de persona respetable en el bolsillo, echar a andar pasillo adelante por el ancho mundo que se extendía ante los ojos aun somnolientos y un poco

enrojecidos del cuitado abarcando, en toda su extensión, el espacio comprendido entre el tiempo que se perdiera sin saberlo y la paz que se encontrara al darse de manos a boca no ya con las esperanzas desmedradas y marchitas¹ de los que regresaban exhaustos sino, mucho más inesperado, con la convicción absoluta, serena, que no altiva, amable y bondadosa, segura de sí misma, de mirada enigmática pero sonrisa afable que, desde su silencio apenas roto por un leve quebranto de cualquiera de las normas más elementales y, por tanto, exigentes y despiadadas, demandantes de ser cumplidas a rajatabla y sordas, como tapias fuera — a elección del concursante y pasando por alto el sonido agónico del estertor de tantas dificultades superadas — a dar respuesta o cobijo a la razón que, social en unos casos o de estado o geométrica según las circunstancias lo recomendaran o exigiesen, mostrara el interés derivado del activo suficiente o bastante compuesto, al menos, por la combinación armoniosa de argumentos que, hallados por azar o venturosa conjunción de inexactitudes, dieran cumplida respuesta a no importa qué pregunta siempre y cuando estuviera, por aquel que se animase a plantearla, bien formulada.

¹ que con eso ya se contaba, con los dedos los unos y con gran profusión de detalles pintorescos los otros.